

Quizá nunca lo sepamos o quizá tengamos que esperar otros 30 ó 40 años más, cuando los archivos del pontificado de Pío XII sean abiertos al público y tengamos una visión más objetiva de su labor.

JOSÉ LUIS SANTIAGO

VÁZQUEZ DE PRADA, Andrés, *El fundador del Opus Dei. ¡Señor que vea!* Vol. I. Madrid² 1997, 637 pp.

El autor, buen conocedor de otros personajes como Newman y Tomás Moro, trató con intimidad a Josemaría Escrivá de Balaguer. Es el primer volumen de una obra que nos promete otras dos. El autor presenta al biografiado en 8 capítulos, que corresponden de forma cronológica con la vida del beato. Desde su niñez, Barbastro (1902-1915), hasta los primeros Centros de la Obra, el profesor adjunto de Derecho Político, D. Andrés Vázquez, deja constancia de la época de Logroño (1915-1920), Zaragoza (1920-1925), la etapa del joven sacerdote (1925-1927), la fundación del Opus Dei (1928), los Apuntes íntimos y la Gestión de la Obra. Ciñéndose al «asunto biográfico» y «sujeto al rigor documental y a las demás exigencias críticas de la veracidad histórica» (p. 10), el tema sustancial es «seguir paso a paso la gestación del Opus Dei» (p. 11). Pretende (y lo consigue) «proyectar la visión del itinerario místico de un alma» (p. 12). Es la más completa y documentada biografía del fundador del Opus. Su lectura es agradable y sus afirmaciones se asientan en un conocimiento de fuentes grandioso. El gran mérito es haber descubierto que los acontecimientos familiares, sociales, ambientales, etc., dejaron en el alma del biografiado un peso específico. En este sentido son abundantes los detalles que van desde las vicisitudes de la pila bautismal, la grave enfermedad curada por intercesión de la Virgen de Torreciudad, las frases proverbiales de su madre, Dolores, el carácter y altura moral de su padre, José, las devociones, los Colegios (Hijas de la Caridad y Escolapios, en Barbastro, San Antonio, en Logroño), compañeros, profesores (D. Calixto y D. Rafael), sacerdotes que encuentra a lo largo de su vida, muerte de sus hermanas, nacimiento de su hermano (como petición suya), la experiencia en el Seminario S. Carlos (Zaragoza), cuyo Presidente era D. Miguel de los Santos Fíaz Gómara y su Vicepresidente D. Antonio Moreno Sánchez (con muchos detalles sobre comida, horarios, devociones, lavado de ropa en casa de su tía Sixta Cermeño, su ducha diaria, que provocó el que le considerasen «pijaito»,

por las visitas al Pilar le denominaron «rosa mística», «el soñador»...), el día de la tonsura, que comenzó a ser también inspector de San Carlos (1922-1925), donde forjó paciencia, prudencia, cortesía, sacrificio y caridad en abundancia. Señala igualmente el influjo que tuvieron los profesores de Derecho, sobre todo de D. Juan Moneva Puyol o el incidente con Julio Cortés. Repasa también las calificaciones muy brillantes acompañadas de una fervorosa oración a la Virgen del Pilar, la experiencia dolorosa de la muerte de su padre, José (1924), el diacnado y tras la obtención de la oportuna dispensa pontificia (pues tenía sólo 23 años) la ordenación de sacerdote (28 de marzo de 1925) por D. Miguel de los Santos Fíaz Gómara. Pocos días después (30 de marzo) la Misa en sufragio por el alma de su padre, para salir hacia Perdiguera (Zaragoza) como Regente Auxiliar, donde encontró un sagrario descuidado y abandonado, su actividad en la parroquia de San Pedro Nolasco, el examen de Derecho civil y otras asignaturas como medio para ayudar económicamente a los suyos («yo soy un galeote de la enseñanza») y porque «durante dos largos años, residiera en Zaragoza sin haber conseguido resolver su situación de sacerdote incardinado en la diócesis, pero desprovisto de mantenimiento económico» (p. 229). Sostiene el autor que todo ello «lleva a pensar que alguien valiéndose de su influencia, hacía lo posible para expulsarlo de la diócesis» (p. 230). ¡Providenciales injusticias!, que cerrándole unas puertas le abrían otras para dar cumplimiento a su misión: domine, ut videam! El autor estudia su traslado a Madrid para estudiar el Doctorado y las dificultades, el consejo de su madre para acudir a la parroquia de Fombuena, mientras su familia partirá para Fonzo (2 abril 1927). Llega el 19 de abril de 1927. Un resumen magnífico de toda la biografía trazada hasta ahora realiza el autor en las páginas 244-250. Josemaría tiene una misa diaria en S. Miguel con un estipendio de 5,50 ptas. En la casa sacerdotal de la calle Larra encuentra buenos amigos, entre ellos el joven Antonio Pensado y doña Luz Rodríguez Casanova, fundadora de las Damas Apostólicas en Madrid en 1924. Las dificultades de los curas extradiocesanos no son pocas (en 1927 había 649 diocesanos y 533 extradiocesanos). Es también capellán del Patronato de enfermos, donde se metió de cabeza en labores de beneficencia. En noviembre de 1927 alquiló un piso en la calle de Fernando el Católico, 46 y se reunió la familia. Josemaría daba clases particulares en la Academia Cicuéndez (San Bernardo, 52), donde trabajó hasta 1933, en el turno de la tarde, sin descuidar a los marginados de Tetuán y Vallecas y haciendo la liturgia eucarística con mucha piedad, que cautivaba a los asistentes. Numerosas confesiones, atención a enfermos, extremaunciones, matrimonios y bautizos, escuelas para niños (las Damas tenían

en Madrid en 1928 un total de 58 escuelas, con un total de 14.000 niños: p. 279), atención a seis capillas pequeñas dependientes de Santa Engracia, lugar del Patronato, una actividad que no dejaba un rato de ocio al capellán. Y el día 2 de octubre de 1928 recibe la iluminación de toda la Obra (Opus Dei) durante unos ejercicios espirituales en la Iglesia de San Vicente de Paúl, único punto de referencia histórica en cuanto al origen de la Obra, pues su mente quedó con una idea clara general de su misión: llamada universal a la santidad y la búsqueda de la plenitud de vida cristiana en medio del mundo y a través del trabajo profesional. Los tres fines de la Obra quedaron resumidos en las tres frases siguientes: «Christum regnare volumus», «Deo omnis gloria», «Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam». Madrid se convirtió para Josemaría en su «Damasco», donde «se han caído las escamas de los ojos de mi alma». A partir de ese descubrimiento las charlas con amigos y alumnos, comenzó a buscar vocaciones: Pedro Rocamora, José Romero Rivera, Julián Cortés Cavanillas, D. Norberto, el otro capellán del Patronato, José Pou de Foxá, Manuel Ayala, Rafael Fernández Claros, Avelino Gómez Ledo... reuniones en el «Sotanillo». Pero ¿cómo realizar esa idea? La repugnancia al espectáculo y la sencillez eran sus mejores aliadas. El cambio de domicilio (a la calle José Marañón) por ser lugar asignado a la capellanía, seguía sus estudios de Derecho (limitados), su actividad pastoral, clases particulares para ayudar a los suyos, intentaba poner la Obra en pie. Poco a poco iba ganando algunos obreros a los que instruía, si bien no había una institución jurídica. Al P. Sánchez se debe el nombre de Opus Dei (pp. 332-333). Con Pedro Poveda, fundador de las Teresianas, trata en febrero de 1931 para resolver tener más tiempo para la Obra y nombrarle Capellán de honor de Su Majestad, a lo que renunció, por no resolverle el problema de la incardinación en Madrid (p. 336). Recorre también el autor algunas expresiones de los Apuntes íntimos del beato o *Catilinas*, donde el alma mística se escabulle y esconde. Describe el autor el ambiente español de 1931 (II República), cómo traslada el Santísimo del Patronato en traje seglar, el traslado de vivienda a la calle Viriato 22, así como varios incidentes vividos en aquella época donde la «demagogia política había abierto de par en par las esclusas del odio» (p. 362), circunstancias políticas que le llevan a abandonar el Patronato de Enfermos y aceptar el Patronato de Santa Isabel (antigua casa del secretario de Felipe II, Antonio Pérez y convento de Agustinas Recoletas de la Visitación de Nuestra Señora desde 1610 y religiosas de la Asunción desde 1876), cuyo capellán era José Cicuéndez, pero muy enfermo y supliendo su labor los Agustinos recoletos (p. 375). Con el nombramiento pasa a depender de la jurisdicción eclesiástica palatina y su

residencia en Madrid queda garantizada. Nueva experiencia mística el 7 de agosto de 1931 y fechas posteriores que garantiza que no es lo suyo una empresa humana que viene a colmar exigencias del tiempo y de la política. Va entendiendo que la filiación divina es nota característica de la espiritualidad y a pesar de estar pasando (como decía su madre) el purgatorio en Madrid, la devoción al Niño Jesús que tenían las religiosas, las imágenes de Nuestra Señora (especialmente la Virgen de los Besos) forjaba su personalidad. Y aunque abandonó el Patronato de Enfermos el 28 de octubre de 1931, el 8 de noviembre ya trabajaba en la Congregación de San Felipe Neri con niños y enfermos (que para Josemaría como para cualquier alma enamorada eran Él). Así poco a poco iba creciendo la Obra, ganándose para la causa al capellán del Hospital del Rey, D. José María Somoano, pero también de obreros, universitarios, pequeños empresarios, artistas... (p. 446). Otro retiro de 1932 en Segovia iba aclarando más las cosas, así como su nuevo piso en la calle Martínez Campos, 4, aunque en sus primeros momentos fuese una desorganización organizada, para lo cual funda la Academia DYA (Dios y Audacia). El 19 de marzo de 1935 se incorporan vocaciones probadas a la Obra (Esclavitud y Fidelidad, así se llamó luego a esta incorporación), se hace presente el tabernáculo en la casa, y don Josemaría pasa a ser «Padre, maestro y guía de santos». En abril de 1934 reúne a varias mujeres de la Obra. En 1935 Alvaro del Portillo entra en la Obra. De todos sus hijos estaba orgulloso. Y la obra se agranda con la fundación de la Sociedad de Colaboración Intelectual y el «Fomento de Estudios Superiores» y con los deseos de fundar en Valencia. Pero el calendario marcaba 1936 y los sueños de expansión se interrumpieron. La obra finaliza con unos Apéndices muy ilustrativos sobre la familia Escrivá de Balaguer-Albás, diversas partidas de bautismo, de nacimiento, estudios y notas necrológicas, entre otros, para concluir con un índice de personas. Felicitamos muy de veras al profesor Andrés Vázquez y deseamos que esos dos volúmenes que faltan aparezcan pronto, pues sobradamente ha cumplido su objetivo.

ISAAC GONZÁLEZ